

1.5. TÓPICOS PARA UNA NUEVA CIENCIA

I. NATURALEZA

No hace mucho murió Carl Sagan, astrofísico famoso y gran humanista que, por lo que dijo en su última obra, pienso yo que murió desesperado ante el creciente avance en Estados Unidos (y otras partes del mundo) de los “trascendentalismos, las percepciones extrasensoriales, las energías vitales, las metafísicas” y mandangas así, iuna enfermedad de nuestra civilización actual! La obra última de Sagan es una de las defensas más cerradas y detalladas del racionalismo científico que haya leído... a un extremo que, se me antoja, Carl “se pasó de tueste” y fue un poco dogmático. Pero de quien ahora deseo hablar es de su esposa, su hoy viuda: es una bioquímica famosísima que en una reciente entrevista que le hicieron dijo algo como lo siguiente: la vanidad del ser humano de hoy le hace pensar que puede llegar a destruir toda la vida sobre nuestro planeta (posible eso pase solamente cuando se apague el sol, y para eso aún faltan miles de millones de años). ¡Falso! Siempre quedará vida orgánica incluso a nivel microscópico de la que saldrían otras formas de vida superiores... la especie humana es una *contingencia* y nada más; pasará, pero no la vida. ¡Tremendas afirmaciones! Porque el caso es que el ser humano como tal lleva unos 100 mil años y su civilización unos 10 mil... los dinosaurios duraron 64 millones de años y nuestro planeta Tierra tuvo sus orígenes hace unos 4 500 millones de años; sí, somos una “breve contingencia”. Pero a tan lapidarias aseveraciones hay que ponerlas en su lugar: Científicamente creemos empezar a saber que hubo vida en el planeta marte, y ya no la hay... de donde se infiere que no hay que esperar a que se apague el sol para que termine toda vida, ¡puede desaparecer mucho antes, toda! En nuestro caso, es “falta de confianza” en nuestra

creciente capacidad destructiva dado el continuo avance tecnológico que vivimos... Bastaría, valga este ejemplo imaginado, que algún día lográramos tecnológicamente alejar o acercar un poco la Tierra al sol para que se produjeran cambios climatológicos tales que transformaran a nuestro planeta en una esfera inerte flotando en el espacio. Pero bueno, haciendo caso omiso del anterior comentario de "ficción científica", como hipótesis de trabajo daré por buena la afirmación de la viuda de Carl. ¡Vale, nunca podremos exterminar toda forma orgánica de vida!... Pero lo que a la especie humana le interesa es su propia existencia, y esa sí que está en peligro. Es como decía mi padre, "si me muero yo se murió mi mejor amigo". Y, ¿por qué está en peligro? Creo yo que por dos motivos, uno *pequeño* y otro *grande*, trataré de explicarme:

El *motivo pequeño*: reina la civilización capitalista y ésta tiene como "dios motriz" el acrecentamiento del beneficio individual basado en incrementar sin cesar la producción y el consumo; lo llaman a eso "progreso"... progreso que, literalmente, ya se empieza "a cargar" al planeta destruyendo "arriba, abajo y en el medio" (efecto invernadero, destrucción de la capa de ozono en la alta atmósfera que nos protege contra la radiación externa, desertificación de bosques y selvas, contaminación de todas las costas marinas, etcétera). Eso avanza hoy.

El *motivo grande*: hace unos 10 mil años, cuando comenzaba la civilización, si llegábamos a 100 mil individuos en el planeta éramos muchos; en 1650, aún en los coletazos del Renacimiento, ya éramos unos 470 millones; por allá, a fines del siglo XIX estábamos alcanzando los 1 500 millones; en los primeros años de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial (¡a pesar de las *guerritas!*) raspábamos los 2 500 millones y hoy, conservadoramente, andamos en 6 500 millones... ¡buen paso de *progreso!* (lo digo porque en cierta ocasión Gordon Childe definió el aumento demográfico como medida de progreso). Incluso un matemático mediocre sabe que a ese paso estamos en un crecimiento exponencial tal que, antes de un siglo, cada ser humano sólo dispondrá de un metro cuadrado para existir: ahí podrá hacer asentadillas y ser enterrado verticalmente a la antigua manera romana, nada más. Y esto *no* depende de los diversos sistemas de producción social que han existido (la China socialista, y esto no ahora sino desde los tiempos de Mao, casi dobla su población cada veinte

años)... el capitalismo imperial se cura en salud y le dice a los marginados del mundo: "lo que pasa es que sois demasiados..." pero la verdad es que, capitalismo o socialismo, y antaño esclavismo y feudalismo y sus mezclas, el crecimiento de la especie humana ha sido tal que hoy *todos somos* demasiados. Claro que acontece que, así como hay hoy una epidemia de tecnócratas justificadores del neoliberalismo, también hay sus equivalentes sucedáneos tecnócratas de la ciencia que a veces arguyen que "con nuestra tecnología en constante desarrollo lograremos colonizar otros mundos" ... sólo que la estrella más cercana a nuestro sistema solar, Alfa Centauri, está a 4.37 años luz y, limitándonos a nuestro propio sistema solar, el único planeta que podríamos colonizar si *lo adaptamos* es Marte, para lo que, además de ser bastante más pequeño que nuestro planeta, necesitaríamos cambiar radicalmente su atmósfera... creo que, siendo optimistas, para alcanzar las estrellas nos falta como un milenio de desarrollo científico y para "el simple" de Marte al menos un siglo.

Todo indica que la explosión demográfica de la especie humana la llevará a un punto crítico de supervivencia antes de una centuria. Así pues, el problema es insoslayable. ¿Piensa el capitalismo en este problema? Sí y no, y finalmente no. Me explico: algunos sectores conscientes del capitalismo, básicamente científicos de conciencia liberal, hablan de que la solución es el "desarrollo sustentable", que se reduce a decir que hay que cambiar un poco las características de la producción industrial actual para que no dañe tanto al medio ambiente, a nuestro planeta... pero esto no es más que retrasar un poco el problema, retardar nuestra agonía, no eliminarla. Aun así esta solución no es dardianante. Para los grandes amos de la civilización actual, eso de que "la especie humana estará en una encrucijada por su supervivencia antes de un siglo", les resulta "muy teórico, a largo plazo y no seguro". ¡Se pitorrean! Lo suyo es producir y producir y acumular dinero crecientemente... actúan a la manera que lo expresara un Luis XV: "después de mí el diluvio". El problema pues sigue en pie con toda su crudeza.

¿Qué hacer? Antes de seguir adelante quisiera volver a mencionar lo que un joven me dijo (véase más adelante el capítulo *Cultura, una lucha de sangre a sangre*):

“Las limitaciones de la ciencia radican en lo que no han logrado explicar los científicos. Al suceder esto o lo tratan de evadir aislándolo o encuentran alguna explicación para decir que está en un error ese fenómeno natural. Por lo general se hacen los desentendidos cuando no se explican algo, y es por eso que el enfoque de la realidad en el cual todas sus bases sean científicas puede llegar a ser un poco restringido”.

Está bien, acepto la crítica, no podemos hacernos “los desentendidos” ante problemas como los que he venido planteando. Sigue pues en pie la pregunta y más brutal que nunca, ¿qué hacer?

Lo primero que hay que decir, como sabemos en termodinámica, es que todo proceso físico produce *entropía* —desorden, desperdicios, pérdidas de energía— y este es el caso de la producción industrial y, en general, de todo proceso productivo. Hasta no hace mucho tiempo lo que llamamos “naturaleza”, el planeta en que vivimos, se las arreglaba bastante bien para regenerar y reciclar todos los desperdicios y estropicios... pero el aumento incesante de nuestra capacidad productiva ya ha puesto en crisis esa capacidad regenerativa de la naturaleza: efecto invernadero, destrucción de la capa de ozono de la alta atmósfera, etcétera. Ese es uno de los dramas. El otro, civilización capitalista o no, está en que la especie humana crece sin cesar —lo que cierta biología vulgar llamaría *progreso*— y ello obliga también incesantemente a aumentar la producción de bienes materiales para seguir sustentando la supervivencia de nuestra expansiva especie; todo esto dramáticamente está destruyendo la naturaleza, nuestro planeta, para lo que como seres humanos nos importa. Dice un refrán que la mitad de la solución de un problema está en plantearlo correctamente, por ello he planteado el anterior exactamente con la ferocidad que lo caracteriza... o no iremos a ningún lado.

Se vuelve así a plantear la pregunta, ¿qué hacer entonces?

Lo lamento, lector, pero voy para allá... solución provisional (la llamo provisional y sobre ella abundaremos después) es eliminar de la historia humana a la civilización capitalista dando acceso a otra a la medida del bienestar y felicidad de todos los humanos. ¿Por qué? ¡Es simple! El capitalismo es una estructura funcional (“estructura y función cambian papeles”, dicen los especialistas) que reposa en un dogma operativo: progreso, cuya única definición y exhaustiva es desarrollo y producción... eso ha puesto a

nuestro planeta en agonía. Procedimientos más respetuosos de la naturaleza, del planeta en que vivimos y de la especie humana (no me interesa que de cualquier manera siempre resten materias orgánicas elementales, como bien dice la viuda de Carl), consistirían en buscar una nueva estructura funcional, como la nueva civilización que necesitamos todos, que opere bajo el principio de “lo que importa no es producir y consumir sino ser felices, todos al unísono, y eso no depende de la cantidad incesante de chirimbolos que aparecen en el mercado”. Repito que de las implicaciones de la aseveración anterior hablaremos en el próximo apartado... pero en lo que a éste atañe la disyuntiva es clara. Provisionalmente, digamos algo más que un siglo, cambiar de civilización (¡hay que hacerlo!) es una solución para alargar un poco más la supervivencia de nuestra especie sobre el planeta que habitamos. Esto es evidente aun cuando nada fácil (¿aceptarían de buen agrado los grandes amos de la informática y computación mundial abandonar sus sofisticadas y psicodélicas mansiones; abandonarían todo para *ser felices* casi sin nada en alguna isla perdida de Polinesia?). Pero lo grave de todo esto consiste, como vemos, en que hagamos lo que hagamos, si la producción sigue creciendo y sin cesar, también la especie humana... No hay solución de largo plazo, quizá ni de mediano.

Corolario: Todo apunta hacia una única solución en dos etapas. En la primera etapa, a corto y mediano plazo, eliminar de la historia a la civilización capitalista creando otra a la medida de todos y cada uno de los seres humanos... pero en la segunda etapa, no importando la sociedad que nos demos, amerita imponer que el crecimiento de toda producción y el de la especie humana llegue a ser cero. Sí, ni más aumento de la producción ni más seres humanos o nos suicidamos como especie. Sé que suena muy mal, lector, lo que acabo de decir, pero así están las cosas... no sé si en esa “situación de invernadero de crecimiento cero” tendremos que permanecer larguísimo tiempo hasta que seamos capaces de “volver a crecer” porque llegamos a ser capaces de alcanzar las estrellas; pero ese ya es un cuento de ficción científica.

Llegar a una conclusión como la anterior abre enormes desafíos culturales:

“Estancarse y no crecer es decadencia, comenzar a descender la cuesta de la evolución hasta extinguirse”, eso afirman ciertos

puntos de vista particulares en sociología y biología. Personalmente yo pienso que desde el punto de vista de esa sociología tal aseveración es puramente cultural, nada más, y respecto al punto de vista de esa biología, así como no existen *genes egoístas*, tampoco hay los que indiquen a la especie humana “tienes que ir siempre más allá o te extingues como especie”... tal cosa no existe en el genoma humano. ¿Entonces? No sé, realmente no se me ocurre ninguna respuesta alternativa. Lo que sí sé es que este problema, más que el de una nueva ciencia, es el de toda la cultura sin distingos y todos, sin excepción, tenemos que aceptar su desafío y reflexionar. La palabra pues la tienen los lectores...

II. HUMANISMO

“La nueva ciencia ha de contener al humanismo y al mismo tiempo ser su apoyo, y en el humanismo el primer y más importante valor es el ser humano”. Cuando he escrito párrafos como el anterior me los han aplaudido, pero también de vez en cuando me han criticado el que, en ocasiones, no concretice tal pensamiento. Voy a tratar, pues, de englobar y exponer de manera sistemática algunas de las cosas que al respecto he dicho a lo largo del tiempo... parece ser que hoy es más pertinente que nunca:

Empecemos por considerar un ejemplo tecnológico elemental, un circuito eléctrico con sólo dos interruptores, que pueden estar cerrados o abiertos. ¿Cuántas situaciones pueden existir? Cuatro, los dos interruptores cerrados, los dos abiertos, uno abierto y el otro cerrado y viceversa, cuatro. Pero si el número de interruptores crece, la cantidad de situaciones posibles aumenta vertiginosamente... con 10 interruptores hay más de 1 000 situaciones posibles; con 20, más de un millón. Ahora, haciendo un esfuerzo de ingenuidad simplificatoria, consideremos poder caracterizar a una civilización por más de 20 variables... resulta que el número de *posibles escenarios* de civilización tienden muy rápidamente al infinito. La moraleja es evidente: la civilización actual está en crisis, y si permitimos su evolución al azar —que para mí es hoy equivalente a la “coyunturología” de los políticos que no ven más allá de sus narices en sus ansias por hacer carrera— tendría casi infinitos futuros alternativos, muchos de ellos pudiendo ser aún más nefastos que el presente, por ejemplo, el fascismo, o el ho-

rrendo mundo que describiera Fritz Lang en *Metrópolis*. Claro, cabe argumentar que las cosas no suceden al azar en nuestro presente porque hay fuerzas sociales en acción... pero las que dominan son las que imponen las minorías socialmente dominantes, y éstas se llaman “capitalismo neoliberal” ... lo que asegura que, por esa vía, lo mejor que podemos esperar es permanecer en la pésima situación actual. ¿Cuál es la moraleja de lo anterior? Pues que si queremos un futuro mejor para todos tenemos que estar plenamente conscientes de cómo lo queremos, muy en concreto o nunca llegaremos a él. Necesitamos definir nuestra *utopía* de civilización futura, conocer en detalle el “programa máximo”, como dirían los clásicos, pues aquello de “caminante, no hay camino, se hace camino al andar” no es suficiente, deja las cosas al azar. Hay, además, una poderosa razón sociológica que avala lo anterior: la capacidad del ser humano para cambiar su presente por un futuro mejor siempre dependió de su consistencia en la lucha por sus ideales, y ésta no existe sin la *mística* que genera el saber adónde se va.

Aún así, no es suficiente con conocer la utopía para llegar al futuro a partir del presente: “del punto A al punto B, conocidos ambos, hay innumerables trayectorias posibles”... y muchas de ellas pueden ser desastrosas. Por ejemplo, una vía nefasta sería concatenar guerritas con, de tanto en tanto, alguna guerra mundial... los “coyunturólogos” son muy capaces de engolfarse en tal andadura porque existe aquel relato que decía que “los amplios y fáciles caminos al empezar suelen terminar estrechos y con grandes barrancos” y porque suelen olvidar que las “coyunturas” muchas veces sólo representan falsas correlaciones sociales de fuerza. Existe, pues, el problema, los matemáticos suelen llamarlo *variacional*, de encontrar una vía al futuro deseando que minimice el costo social para la especie humana. Así, pues, la nueva ciencia que necesitamos tiene ante sí *dos* desafíos ligados a las palabras ‘utopía’ y ‘vía’.

Hablemos, pues, de la utopía. Por principio de cuentas implica sustituir la frase “desarrollo y producción para que haya consumo, que es progreso” por la de “buscar el bienestar y felicidad de todos los seres humanos”, ¡ya este cambio es todo un poema! Pero sigamos adelante. Mínimas características de la utopía serían:

1. Minimizar los gradientes sociales entre todos los seres humanos.

2. Proporcionar adecuadas condiciones de vida a todos los seres humanos, sin que ello vaya en detrimento de la naturaleza.

Ya estas dos primeras características son absolutamente incompatibles con la frase “desarrollo y producción para que haya consumo, que es progreso”... porque al “inmenso almacén de mercancías” (Marx *dixit*) que es la civilización capitalista, primero, acceso sólo lo tienen los sectores sociales dominantes de nuestro mundo (¿tienen acceso los negros de Biafra y Nigeria, o los indios chiapanecos? ¿cuántos papeleritos, lectora, has visto entrar en Suburbia de Perisur?); segundo, no está diseñado para proporcionar el bienestar de los humanos (ini aun de los más ricos!) sino para dar salida al incesante aumento de la producción del que depende la acumulación capitalista y, tercero, está destruyendo nuestro medio ambiente planetario. A nivel político y eso que llaman “sociedad civil” las dos condiciones anteriores ameritan de instituciones colectivas en donde las responsabilidades se roten y distribuyan democráticamente para que no surjan los individuos o sectores dominantes, que tan magníficamente retrata Marvin Harris en su librito *Jefes, cabecillas, abusones*. Todo esto es intrínsecamente incompatible con el capitalismo... Reto a los silenciosos amos financieros del mundo que anualmente se reúnen en Davos, Suiza, a que me desmientan.

A nivel de la nueva ciencia que necesitamos, lo anterior presenta enormes desafíos: cambiar la concepción y estructuras funcionales de todo lo que llaman producción y consumo, transformar nuestras instituciones sociales como nunca se hizo en la historia para que hagan a un lado el individualismo y el prestigio personal, que es camino recto a la egoísta estratificación social... esto plantea PROBLEMAS (así, con mayúsculas) a la nueva ciencia que queremos, a la cultura en general. Valga un ejemplo elemental a nivel tecnológico: producir millones de tornillos del mismo tipo, para con su masivo consumo aumentar ganancias, se logra con una cadena “a la Taylor-Ford”, que integra una máquina individual para cada operación y un obrero que sólo sabe hacer una cosa para atenderla, ¿te acuerdas, lector, de *Tiempos Modernos* de Chaplin? En cambio, fabricar versátil y cambiantemente diversos elementos y herramientas mecánicas —en función de las necesidades de los más diversos seres humanos— implica transformar de cuajo todo el aparato productivo y su administración, icualquier ingeniero lo

sabe! Máquinas no de gran capacidad de producción pero versátilmente capaces de realizar múltiples operaciones al unísono, obreros que las atiendan con una preparación multifacética y además capaces, en lo administrativo, de organizarse en conjunto de diversas maneras cada vez que ellos lo crean conveniente... el “gorila entrenado en tiempos y movimientos a la Taylor” tiene que ceder el paso al trabajador culto y pensante *por sí mismo* que se cuestiona todo. La nueva ciencia tiene que dar respuesta a esos problemas... algo intentamos hacer ya en algún sitio de la Universidad, en la llamada “investigación de los sistemas complejos”; no es mucho, pero lo cito por aquello de que “El mejor predicador es Fray Ejemplo”. Sigamos con otro punto de la utopía:

3. Permitir que toda actividad humana —respetando las tradiciones, experiencias y saberes de cada ser humano— sea creativa y transparente. Y, así, como hubiera dicho Marcuse, “una realización plena del ser humano por sí mismo”.

Y ya de una vez incluyamos el cuarto:

4. Toda actividad humana, colectiva o individual y encaminada a permitir la subsistencia material de nuestra especie en el respeto de la naturaleza debe contener “tiempos muertos”, lapsos en los que cada ser humano pueda recrearse, gozar de la vida y de la naturaleza de las diversas maneras que le aconsejen sus ilusiones. El derecho a “no hacer nada” que prohíbe el capitalismo, pues “eso no es productivo ni incrementa el consumo”.

Comentemos estos dos puntos:

Crear es unir de insólitas maneras pedazos de la realidad, es la definición de mayor consenso entre los artistas, y artistas pueden serlo, por creadores, desde un pintor a un matemático, pasando por el artesano más humilde, pues la creación no se mide por niveles sociales, especializaciones y volúmenes de conocimientos. Crear es práctica de la libertad al no someterse a reglas, despertar la sensibilidad, ya que permite expresar nuestras ilusiones y es la manera por la cual el ser humano se trasciende a sí mismo. Se suele resumir esto en la palabra *realizarse*.

La transparencia en lo que hacemos es una vía, mostrando nuestro ejemplo y haciéndolo comprensible, no para que otros emulen nuestras eventuales creaciones, pues entonces dejarían de serlo para transformarse en esnobismo (muy extendido en la civilización actual, en tanto dé dividendos económicos o dé prestigio

social, práctica de las élites de nuestro tiempo), sino para impulsar la creatividad de los demás; todos podemos ser creadores en algún sentido.

El “derecho a no hacer nada” lo prohíbe la civilización capitalista, pues “no es producir ni consumir ni hacer dinero”, pero en una nueva civilización es lo que nos puede permitir alegrarnos viendo un bosque, el vuelo de un pájaro, la vida de la naturaleza, gozar de una poesía o de la música, tener relaciones amistosas que nos satisfagan o gozar del amor, en fin, la alegría de vivir gozando la vida. Porque esto lo veda la civilización actual, y es una de las causas, por ejemplo, por la que buena parte de las nuevas generaciones buscan “paraísos artificiales” en la autodestrucción de las drogas o refugios “trascendentalistas” para la conciencia. ¡Si la vida es bella no hay que buscar salidas extrañas dignas de un hospital psiquiátrico!

Creatividad, transparencia y “tiempos muertos” para gozar de la alegría de vivir como emblemas de una nueva civilización. Organizar una sociedad para que esto sea posible es un desafío colosal no sólo para una nueva ciencia, sino para la cultura en general, haciendo también énfasis en *cómo se enseña* y *cómo se comunica* socialmente. Me explico: el primer requisito para que una nueva ciencia se fusione con toda la cultura, y así tenga una vocación humanística, es evitar que se parelele y atomice en compartimentos estancos, aislados, pues esto último propicia además la estratificación y jerarquización interna que terminan siendo sociales; por ejemplo, en tanto un ingeniero sepa todo sobre circuitos eléctricos trifásicos y nada sobre el origen del universo, de la vida, sobre la historia de la humanidad y el arte, estaremos perdidos... y como ese ejemplo hay muchos. Y esa es la situación en nuestros centros académicos y universidades, que hay que cambiar desde la raíz. Hay un sabroso breviario del Fondo de Cultura Económica, *La educación en la perspectiva de la historia*, que conviene leer para hacerse cargo de la estrecha dependencia entre “lo académico” y “lo social”, ino hay que perderse esa lectura! El problema también de la comunicación social de la ciencia y de toda la cultura es crucial. Para resolverlo hay que propiciar la *información endógena*, esto es, permitir la expresión y comunicación de todas las experiencias, tradiciones y saberes de la multiforme base social, por todos los medios que imaginen y de los que

dispongan. Esto no es posible más que redefiniendo cualitativamente las estructuras funcionales de los actuales medios de comunicación, lo que ante todo obliga a distribuir deslocalizadamente todas sus redes. Algo se ha avanzado en esta vía científicamente, por ejemplo, uniendo disciplinas como la teoría de la complejidad, la teoría de la información, la biología en lo que atañe a sistemas ecológicos y el sistema nervioso central y la psicología social. Pero aún hay múltiples problemas teóricos y, además, en las aplicaciones se choca frontalmente con los intereses sociales dominantes... “la información es poder”; quieren reservárselo.

Nos queda pendiente el problema de “la vía a la utopía”, lo que abre dos preguntas: ¿Hasta qué punto es posible realizar en la práctica la utopía? ¿Qué obstáculos se encontrarán en la vía a la utopía posible?

III. LAS MURALLAS LIMITANTES DE LA UTOPIA

Decíamos al principio que hasta que se apague el Sol vida siempre existirá, pero la supervivencia de la especie humana no irá más allá de dos o tres centurias si, en ese futuro, no aceptamos dos limitantes de *toda* posible civilización:

1. Alcanzar un crecimiento demográfico cero.
2. Alcanzar un crecimiento productivo, industrial o no industrial, cero.

El planeta Tierra es finito y no hay más comentarios.

Pero ya planteado el problema al interior de la especie humana, lo que acontece es que cualquier utopía que quiera beneficiar a toda la especie sin distinciones chocará con el individualismo de cada ser humano, y ese es un tercer limitante. Es complejo, trataré de explicarme:

El ser humano posee dos egos individuales, muy ligados entre sí. El *yo mental*, afincado en el sistema nervioso central, el cerebro, y el *yo corporal*, que cumple funciones casi idénticas excepto que no sabe hablar... pero que también de él depende que se pueda hablar, se llama “sistema inmunológico”, que nos defiende contra todo agente externo y nos da ‘identidad biológica’ a todos los niveles (vale la pena leer a este respecto el librito *La salud emocional*, de Daniel Goleman, Editorial Kairós, Barcelona, 1997). El primer

ego dice: “Me llamo Pedro, tú eres Juan, otro”; el segundo ego no acepta ni la más mínima célula externa si no es de las propias. Lo que llamamos ciencia occidental apenas empieza ahora a estudiar la relación entre ambos egos y lo que se va sabiendo es que, parece, el ego corporal influye más sobre el ego mental que viceversa... La verdad es que ya hablaba de estas cosas, con otro lenguaje, el neuropsicólogo soviético A. R. Luria, cuando decía que el cerebro humano es un sistema funcional (“una parte puede hacer varias cosas, varias partes la misma”) que integra en interacción al propio sistema nervioso central con el mundo externo (social, para el ser humano y otras especies) y con todo el cuerpo humano... ese “segundo yo, inmunológico” (ahí va otra recomendación de sana lectura para que no nos digan “si no leo me a...burro”: A. R. Luria, *El cerebro en acción*, Editorial Fontanella, Barcelona). Luria decía que la interacción entre esos tres extremos era no lineal, contradictoria, dialéctica... “me sonríen pero golpeo al que lo hizo porque sé que es familiar de quienes, para quitarme lo que tenía, me torturaron, dañando mi cerebro arriba de donde tengo el ojo izquierdo”, de manera extraña se mezcló la emoción con el dolor corporal y lo social. Una nueva ciencia que logre desprenderse del interesado positivismo lógico que usurpa esa palabra, pues sus verdaderos apellidos son ‘civilización capitalista’, está obligada a resolver esos desafíos que planteaba Luria... lo que no es fácil en una época en que “Occidente lo es todo” y “el marxismo está muerto”; es lo que dicen... por ello mismo tenemos que crear una nueva ciencia.

Una moraleja de lo anterior impone un tercer limitante a toda posible utopía:

3. Habrá siempre un filtro individualista de cada ser humano frente al mundo externo (el filtro que fabrica nuestro yo mental y el yo corporal), también condicionado por lo externo; en el caso humano, la naturaleza con etiqueta *social* (como dijo Luria). Contradicción que desde la época de Demócrito llamamos en Occidente dialéctica... pero también conocida con otras etiquetas lingüísticas en Oriente (tradiciones budistas, etcétera).

La utopía ha de hacer las cuentas con la tensión entre el yo individual y, en lo externo, el *nosotros* colectivo de todos. En resumen, estará limitada por las tres condiciones antes expuestas, lo que significa que su único avatar no es “el ideal final” sino “la

utopía posible", lo que realmente podemos construir. Antes de discutir ese problema hablemos un poco del ideal, del arquetipo al que hay que tender.

Sobre el ideal utópico ya hablamos en el apartado anterior, pero restan algunas consideraciones importantes: entre los seres vivos hay diversas sociedades incluso "jerárquicas y clasistas", por ejemplo, las termitas, las hormigas y las abejas. Sólo que en estos casos no existe *yo mental* ("me llamo Pedro") ni *yo corporal*. Con el ser humano es distinto; la presencia de sus egos individuales lo obligan a respetar ciertas reglas para vivir colectivamente, "esto se puede, esto no y por tanto no se debe", esas reglas se llaman *ética*. ¿Cuál ética conviene al ideal utópico? A lo largo de años de periodismo defendí la siguiente:

Sinceridad incluso *a la japonesa*, porque entonces se trata no sólo de ser franco sino de ser íntegro (ser consecuente en la acción con los propios ideales). El caso es que la sinceridad, aun en el sentido más estrecho (franqueza), es condición obligada para la comprensión de uno mismo y de los demás, pues, ¿cómo comprender lo que se desconoce? Entonces puede haber tolerancia, pues si nos comprendemos podemos ponernos en el lugar del otro y, así, aceptarlo. Pero el ideal utópico necesita dos requerimientos más: solidaridad, como decir "ayudar al vecino a salir adelante" y, en ese contexto, generosidad, "ser capaz de dar al vecino algo nuestro para que realmente pueda salir adelante". Seres humanos que profesaran esta ética podrían construir el ideal utópico que deseamos.

El problema es que esos requerimientos éticos pertenecen a distintos contextos: sinceridad y comprensión hacen referencia al yo personal, al individualismo, "el médico le dijo la verdad al paciente, se va a morir, y comprendió su desesperación... lo que no le impidió, a continuación, cobrar 5 000 pesos por la consulta", actuar así no afecta intereses personales. Solidaridad y generosidad hacen referencia a lo colectivo, a la relación social, "este paciente sólo salva la vida si lo opero urgentemente, dejaré todo y lo haré, y además cubriré de mi bolsillo todos los gastos hospitalarios pues no tiene dinero", aquí ya se afecta el individualismo en beneficio de los demás; ya no hay "actitud contemplativa". No ha habido religión que se respete que no haya exaltado el altruismo individual de la sinceridad y de la comprensión; no obstante que históricamente todas ellas, de una manera u otra, han apoya-

do las sociedades existentes a pesar de sus injusticias (“a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”... que podía ser Nerón o Calígula). En cambio, solidaridad y generosidad, hayan terminado bien o mal, han solido ser patrimonio de las revoluciones. Hay una bellísima canción latinoamericana que lo resume:

*Dicen que Dios no quiere
ni huelgas ni revoluciones,
que ofenden su corazón...*

En cuanto al estatus de la tolerancia, es ambiguo: “tolero que me despojen de mis bienes para ayudar a otros” y “tolero que asesinen a otros en tanto a mí no me pase nada” son actitudes mutuamente excluyentes.

Un matemático diría que hay dos clases (conjuntos cuyos elementos tienen cierta propiedad y, además, guardan relación entre sí) cuya intersección, frontera, es borrosa; la tolerancia es ambigua: según qué tan cerca estemos de uno de los dos extremos, lo individual o lo social.

¿Y la integridad qué? La hemos mencionado de soslayo al recordar que en el ancestral pensamiento japonés sinceridad e integridad no se distinguen, “lo que pienso digo y lo que digo hago” sería una interpretación occidental. Al nivel nipón creo que nadie lo expresó mejor que Yukio Mishima en su escalofriante relato *Sinceridad* (si llegas a leerlo, lector, prepárate un buen trago para soportarlo...) El punto importante es que “a la occidental”, sinceridad (factor individual) e integridad (factor colectivo, pues es actitud en relación activa con los demás) forman unidos una contradicción dialéctica. Y de cómo se resuelva esa contradicción depende, creo, que toda la ética anterior vascule o no hacia hacer posible socialmente la utopía, quiero decir, depende de ella “la utopía posible”.

¿Qué sabe la ciencia actual sobre lo anterior? No mucho. Empieza a descubrir seriamente (aun cuando ya hubo precursores como Jung) que el yo mental es una clase que integra muy diferentes niveles de conciencia, alguno de ellos tan profundo que el yo se pierde y el pensamiento “es como una nube, una abstracción sólo en movimiento”. Empieza a indagar más que la relación entre el yo mental (sistema nervioso central) y el yo corporal (sistema inmunológico) —relación que es obvia!— el cómo y

hasta qué límites el primero puede gobernar conscientemente al segundo... si supiéramos bien eso avanzaríamos siglos. Y, por supuesto, hay investigaciones científicas para tratar de dar sustento material a lo anterior. Por citar un solo caso al respecto, el problema de la memoria en el sistema nervioso central. En primer lugar, no existe una sola memoria sino varias integradas a muy diferentes niveles (la llamada 'intuición', por ejemplo, "se me ocurrió esto", depende de ellas) seamos o no *conscientes* de ellas; en segundo lugar, las diversas memorias no son disquetes, ni cintas ni discos compactos de computadora (¡el cerebro no tiene un lector láser!), sino que son variables y fluctuantes a través de los más diversos circuitos neuronales del sistema nervioso central; en tercer lugar, estas "corrientes de memoria que fluyen sin cesar nunca" (excepto con la muerte) tal parece que lo hacen, a pesar de sus variaciones, "como si los circuitos neuronales no ofrecieran resistencia"... lo que desde el punto de vista de la física suena a herejía, pues algo así sólo debería acontecer en la cercanía del llamado cero absoluto de temperatura y, en todo caso, nunca a temperatura ambiente... sí, pero *algo así* hace el cerebro. En fin, que hay multitud de problemas abiertos para una nueva ciencia. Lo ingenuo, lo menos que se puede decir, sería soslayarlos.

Sin embargo, en lo anterior se abandona un factor básico del que hablaba Luria al describir al cerebro como un sistema funcional *extendido*: la interacción con el medio externo, en el ser humano, básicamente social. En la versión capitalista neoliberal esa interacción se interpreta como una suma de factores independientes, lo económico más los seres humanos, en donde el énfasis sólo se pone en el primer factor. En el pasado, en la versión de marxismo paleolítico que sustentó el *socialismo real* la interacción se redujo a un simple mecanismo de respuesta lineal: cambiadas las condiciones sociales de producción, automáticamente debía de cambiar la conciencia del ser humano naciendo el "hombre nuevo"; nada más falso, como probó la historia. El problema está pues aún sin resolver, tenemos pendiente en una nueva ciencia el problema de saber (y controlar) cómo el conjunto de egos humanos que llamamos sociedad actúa sobre el individualismo, mental y corporal, de cada uno de nosotros... es un problema que, por analogía, algo se parece al de la interacción

entre toda la reserva genética de la especie con el patrón genético de un solo individuo.

Desde mi punto de vista, el armonizar el yo individual con el yo colectivo para el caso de pequeñas comunidades sociales — agrarias, un barrio, etcétera— es un problema relativamente menor porque a ese nivel la convivencia directa y las tradiciones culturales comunes y ancestrales unifican a sus miembros en una misma “concepción de la vida”. El problema es grave, el de nuestro tiempo, cuando lo que hay que armonizar es multitud de comunidades diferentes, en cultura, en hábitos sociales, en tradiciones... hay tendencia entonces a la *diáspora* o a veces, obligadas a convivir, a las guerras civiles. A este respecto la antropología social concluye con una “regla de oro”: pueden convivir comunidades distintas si están todas de acuerdo en un conjunto mínimo de reglas muy sencillas, la unidad en la diversidad está a ese precio. El problema concreto es entonces el siguiente: en el anterior apartado definimos cuatro características básicas de la utopía, en éste expusimos cinco características básicas de la ética que ha de sustentarla, en total nueve parámetros... ¿podrían estos parámetros identificarse con el conjunto de “reglas mínimas y sencillas” que pide la antropología social para que haya estabilidad en una civilización multiforme? Es una pregunta crucial para la nueva ciencia que necesitamos. Aún no conocemos la respuesta. Queda pendiente el problema de “la vía a la utopía posible”...

IV. EJEMPLOS DE CAMBIO DE CIVILIZACIÓN

La invención no existe, de la nada sólo nace la nada. Lo que sí es posible es crear, pues hacerlo es combinar de insólitas maneras retazos de la realidad; al fontanero de mi barrio se le ocurrió arreglar una tubería que tenía dañada en mi apartamentín, conectando tubos a la manera que lo vio un domingo en un zoológico de las afueras. ¿Y por qué no citar también a Beethoven? Introduce sorpresivamente los coros en sus sinfonías, que ya existían en la antigua Grecia en las obras teatrales. Son dos extremos de creación. A lo que voy: si queremos determinar la “vía posible” a la “utopía posible”, de lo que fue y de lo que es la realidad hemos de partir.

En situaciones de crisis de civilización (vivimos una) nace socialmente, como *propiedad emergente*, el escepticismo. La absoluta falta de confianza en los supuestas beneficios que puede proporcionar una vida estable... los jóvenes suelen resumir eso diciendo "¡goceamos ahora, se vive de instantes, no hay mañana!" Si eso lo dijera un viejo que ha malgastado sus años sin conocer la alegría de vivir se entendería, pero que lo digan jóvenes, con tanta vida por delante y capaces de construir mil futuros, es una tragedia. Y tenemos que partir de esta crisis de civilización para construir la utopía posible. De otro conocimiento que tenemos que partir es de lo que sabemos de cómo en la historia se ha salido de tales crisis, cambios sociales que, en ocasiones, trascienden en mucho "eso, político" que llaman revoluciones (en sentido estrecho el "paso del poder político de una clase social a otra"), pues la transformación cualitativa de una civilización es infinitamente más que eso y, por lo general, un proceso mucho más lento.

En Occidente creo que pudieran citarse tres ejemplos de cambio de civilización: la caída del Imperio Romano, el Renacimiento y la Revolución Francesa.

Al descomponerse el mundo esclavista antiguo del Imperio Romano (buen relato de esto es *El Satiricón*, de Petronio) y chocar con las invasoras tribus germánicas que socialmente vivían una especie de comunismo primitivo (leer los *Anales* de Tácito), todo ello en el marco de un cristianismo dominante que prometía la felicidad en "el más allá", pues en "el más acá" había resultado imposible a raíz de la derrota de Espartaco, todo se derrumba y emerge el atomizado mundo feudal dominado ideológicamente por una Iglesia institucional cuya cabeza es Roma (omito hablar aquí del Imperio Romano de Oriente...) ¡Curiosa mezcla la del esclavismo decadente más comunismo primitivo más cristianismo como causa que produce el efecto de un feudalismo disperso!

En los alrededores del siglo XV de nuestra era el mundo feudal ya se ha derrumbado, pues en general, lo que hay o tiende a haber son Estados bajo monarquías absolutistas... pero no en todos los sitios del Viejo Continente sucede así, como son los casos de la atomizada Alemania y de Italia (la unificación alemana sólo se producirá en el último cuarto del siglo XIX bajo Prusia y la de Italia, con Garibaldi, también a fines de ese siglo). Lo que es otro hecho curioso, pues, en su gran parte, será en esas naciones *atomizadas*

donde se presentará el gran cambio de civilización: un Renacimiento que además de artístico fue la cuna del racionalismo científico y de la ciencia actual. Días del Humanismo que proclama como primer valor existencial al ser humano e incluso la necesidad de terminar con la propiedad privada (leer a Moro, su *Utopía*). La Reforma, a pesar del fanatismo religioso de Lutero, proclama un principio sin precedentes, el del *libre examen*, el no aceptar la imposición de autoridad o dogma alguno, pues únicamente se debe obedecer a la propia conciencia y juicios propios... y cuando se ha dicho eso se han destruido los cimientos de toda Iglesia. Todo ese proceso va acompañado del comienzo del ascenso de la burguesía como clase social dominante... aun si, de hecho, tendrá que esperar casi al siglo XIX para, además, apoderarse entera y directamente del poder político.

La Revolución Francesa, sus consecuencias sociales aún se mantienen en pie, por eso la cito y no a otras. En un proceso complejo de esa magnitud influyeron causas políticas, económicas, sociales en general... pero si bajo pena de la vida me viera obligado a responsabilizar de todo a dos factores, diría: la ideología y los medios de comunicación. Me explico: básicamente la influencia mesiánica a lo largo de todo el siglo XVIII del pensamiento ético de Rousseau, que instituyó como dogma y paradigma de ser humano al "ciudadano de integridad ética total en su vida pública como privada, debiendo ser la una el espejo de la otra", siendo el ejemplo histórico de eso los antiguos romanos; así se formó la conciencia revolucionaria del pueblo francés y de sus adalides, Desmoulins, Marat, Saint-Just, etcétera. Y estos últimos dirigieron todas las manifestaciones culturales y todos los medios de comunicación de la época (panfletos, pequeños periódicos, carteles, todo) día y noche contra la monarquía de Luis XVI hasta, literalmente, lanzar al pueblo a la calle. La Revolución Francesa es ejemplo paradigmático de "revolución política *más* revolución cultural" ... o no hubiera acontecido.

Cristianismo, Renacimiento, Humanismo, Reforma, pensamiento ético de Rousseau... es claro que en los tres ejemplos de cambio de civilización citados, el "factor ideológico" jugó el papel prioritario. Otras cosas quizá fueron muy diferentes en cada caso, pero la importancia crucial de la ideología fue común a todos. ¿En todos los casos? ¿Qué podemos decir de Oriente? Es complejo,

hay desde contraejemplos hasta ejemplos por *reducción al absurdo*. Dos son paradigmáticos.

El Japón feudal del Shogún es una civilización como una ostra encerrada en sí misma, sobre todo frente a Occidente, no obstante que en el siglo XVII se presentaron allí misioneros jesuitas con muy poco éxito; la martirología jesuita está plena de esas experiencias. Pero en el siglo XIX llegan navalmente las potencias capitalistas industriales de Occidente y obligan a Japón a abrir sus puertos al comercio. Esto representa una ofensa a la ancestral cultura japonesa —creo que Japón fue y sigue siendo el pueblo y la cultura más orgullosa de sí en todo el planeta— que entonces trata, a marchas forzadas, de desarrollarse industrialmente para enfrentar a Occidente... No es trivial este comentario: es en los propios feudos de los grandes señores donde empieza y se impulsa la industrialización (fundiciones, etcétera); hoy mismo, por ejemplo, las grandes marcas niponas de la electrónica son las mismas que los nombres de los grandes señores feudales de antaño. Y la concepción productiva, que tanto sorprende a Occidente, consiste en que una fábrica es además “hogar, familia y hasta felicidad” del obrero japonés (bastante eficaz, pues ha llegado a arrinconar a la productividad tecnológica de Occidente), que apenas es una extrapolación de la vida en los feudos de antaño. Todo eso se catalizó caído el Shogún e integrado un nuevo Japón que en el fondo era el de siempre. Con la llamada Revolución Meije el emperador Mutsuhito se hace cargo en el nuevo Japón, cambiando la capital de Kyoto a Edo, hoy Tokio, en 1868... pero ese “nuevo” Japón consagra a su emperador como “hijo del sol”, de acuerdo a la más primitiva tradición shintoísta. Vendrá después la expansión, ocupación de Corea, invasión de China, la guerra ruso-japonesa y, finalmente, la Segunda Guerra Mundial... con su Hiroshima y Nagasaki. A mí me recuerda esta historia la muy parecida de la unificación alemana en torno a Prusia, la industrialización forzada “desde las alturas” en el último cuarto del siglo XIX y el desenlace en la Primera Guerra Mundial. “Vidas paralelas” hubiera dicho Plutarco de vivir aún. Lo importante aquí es el contraejemplo: fue el sostener la misma cultura ancestral transformándola en “orgullo nacional” lo que permitió pasar a Japón de su ancestral feudalismo a ser la potencia industrial que es hoy. El *no cambio* ideológico como motor de un cambio social...

Vamos ahora a la India. La India de hoy es un subcontinente con mil contrastes sociales, hay desde una poderosa industria, incluida ahí la cinematográfica, que es la primera del planeta, hasta pobrÍsimos estados sureños, incluyendo algunos en “sistema socialista” (Kerala) y, en el medio, una terrible estratificación jerárquica que confronta una inmensa opulencia con la miseria infinita de los llamados *intocables*. En el fondo un mundo ancestral de castas que no cambia, pues no lo permite milenariamente el hinduismo: hay, según él, ese contador de buenas y malas acciones llamado Karma con el que cada hindú nace y, según lo que marque al final de la vida —por lo que hay que resignarse con la que se tiene— envía en la reencarnación “arriba” o “abajo”... este factor ideológico impidió milenariamente en la India un verdadero cambio de civilización. Un ejemplo de lo que venimos diciendo pero por *reducción al absurdo*; una ideología de la pasividad y de la inmutabilidad de la vida —“todas las vidas son ciclos que se repiten”— inmovilizó milenios a una civilización.

Cuatro de los cinco ejemplos paradigmáticos anteriores —caída del Imperio Romano, Renacimiento, Revolución Francesa e incluso la India— concluyen lo mismo: cambio de civilización hay con cambio de ideología, de cultura, pues incluso, como en el caso hindú, si eso no acontece no hay cambio de civilización. Pero el caso japonés es el contraejemplo: justamente porque *no* hubo cambio de ideología, de cultura, es que se saltó del shogunato feudal a la gran potencia industrial que es hoy. ¿Cómo explicar esto?... Personalmente tengo una conjetura: la cultura japonesa era mucho más débil en sus aportes *materiales* (tecnología) que los que portaban en el siglo XIX las cañoneras navales del agresivo Occidente llegando a puertos nipones... pero —imal de capitalismo!— no contenían preocupación alguna por el ser humano en sí (típico de Oriente), en ese sentido la cultura occidental de las cañoneras era mucho más débil que la ancestral japonesa que, además, contenía (contiene) un culto desorbitado al “ser japonés”. Lo que sucedió históricamente fue, pues, obvio. En Japón penetró el budismo, Confucio, y todo se mezcló con el shintoísmo... contra lo que el culto a “quiero mercados y hay que hacer dinero” no podía hacer el peso. Incluso el caso de la India lo prueba, los ingleses dominaron la India un siglo y no pudieron cambiar su

cultura, Ghandi se los probó... menos aún con posturas racistas a la Rudyard Kipling.

Bueno, lector, hasta aquí 'la historia'... con ese conocimiento nos toca ahora abordar el problema de las "vías posibles a la utopía posible".

V. LAS VÍAS A LA UTOPIA POSIBLE

Hay que cerrar caja. ¿Qué hemos sacado en limpio de los cuatro apartados de este capítulo? Vamos enumerando lo concluido:

I) Características de la utopía ideal

1. Minimizar los gradientes sociales entre todos los seres humanos.

2. Proporcionar adecuadas condiciones de vida a todos los seres humanos sin que ello vaya en detrimento de la naturaleza.

3. Permitir que toda actividad humana —respetando las tradiciones, experiencias y saberes de cada ser humano— sea creativa y transparente.

4. Toda actividad humana —colectiva o individual— debe de contener "tiempos muertos", lapsos en los que cada ser humano pueda recrearse, gozar de la vida y de la naturaleza.

II) Limitantes de la utopía ideal

1. Hay que alcanzar un crecimiento demográfico cero

2. Hay que alcanzar un crecimiento productivo cero.

Esto es porque crecemos sin cesar y la Tierra es finita.

3. Habrá siempre un filtro *individualista* de cada ser humano frente al mundo externo, a lo social. "*Contradicción dialéctica*".

Esto es porque para cada ser humano existe un *yo* basado, biológicamente, en los intrasferibles sistema nervioso central y sistema inmunológico de cada uno.

III) Entonces, sólo puede construirse una *utopía posible*, que ha de basarse en una *ética*, a saber:

1. Sinceridad (integrando a la japonesa la Integridad, "lo que creo digo, lo que digo hago") y Comprensión. Son factores que atañen al *individuo*.

2. Solidaridad y Generosidad. Son factores característicos del ser *social*. "Hay que dar algo de uno mismo y eso duele".

3. Tolerancia. De estatus ambiguo, definida desde el punto de vista individualista la Sinceridad y la Comprensión chocan con la Solidaridad y la Generosidad. Si se define como característica colectiva, social, une todo.

IV) *Causas* históricas de los cambios de civilización:

1. *Básicamente* una: la ideología, la cultura en general afectando la conciencia social de los seres humanos.

2. Hay el peso de diferenciados factores en cada caso de cambio de civilización: en algún caso cuenta la descomposición de las instituciones sociales (familia, etc.), en otro la crisis económica, en alguno más el derrumbe de las instituciones políticas y así. A este respecto no hay *regla fija*, es la diversidad de la vida a nivel social.

Al margen del tremendo problema científico que implica estudiar como *sistema complejo* el sistema social constituido por las conclusiones anteriores, algunas moralejas ya son visibles.

Primera moraleja. Las vías hacia la utopía posible tendrán características locales diferentes según pueblos y lugares, pero todas ellas tienen que enfatizar los valores *espirituales* sobre los valores *materiales*. Por ejemplo, los incisivos éticos de la conclusión III) anterior y los puntos 3 y 4 de la conclusión I): está esto obligado por las limitantes que impone la conclusión II)... más que decir, "no sólo de pan vive el ser humano", hay que proclamar, "debe vivir ante todo de valores espirituales, de su conciencia".

Segunda moraleja. Inculcar en la especie humana, en su conciencia y "uno a uno", lo dicho en el párrafo inmediato anterior, lo que es un problema de *educación* y de *comunicación* y de *largo plazo* (no se trata de "tirar un gobierno" sino de cambiar la civilización). El problema de la educación nos obliga a redefinir totalmente las estructuras y funciones de lo que llamamos escuelas, centros académicos y universidades, lo que de ninguna manera se ha intentado hasta ahora... No para cambiar de civilización. El problema de la comunicación obliga a impulsar que todas las bases sociales de cada pueblo, a sus más diversos niveles, puedan expresar y transmitir sus ideas, *sin mediaciones*, de acuerdo a sus tradiciones, experiencias y saberes, y por todos los medios a su alcance. Obliga también esto a descentralizar y deslocalizar la red constituida por los grandes medios de comunicación y a *sociali-*

zarlos... pues en tanto una minoría poderosa económicamente posea y controle los grandes medios de información no haremos nada.

Tercera moraleja. Énfasis especial hay que poner con las tareas anteriores en las nuevas generaciones: niños, adolescentes y jóvenes... porque a los de las generaciones “adultas y maduras” me temo que va a ser muy difícil cambiarnos. Esto último me recuerda un comentario que hiciera Kuhn en su libro *La estructura de las revoluciones científicas*: las nuevas teorías se imponen históricamente más que por explicar hechos nuevos que las viejas teorías no podían, porque los viejos científicos han muerto y aparecen otros jóvenes.

Todo lo dicho en este artículo es apenas un esbozo del problema de “las vías a la utopía posible”. Y es que el problema lo tenemos que discutir todos. Antes de dar por terminada la presente serie con el presente artículo, creo, son pertinentes aún los siguientes comentarios.

Deberíamos ser, dentro de nuestro “racionalismo científico” occidental, un poco más modestos: Oriente no habrá sido cuna de los avances materiales y tecnológicos de los que tan ufanos estamos, pero en otras cosas puede enseñarnos y, claro, viceversa. Una nueva ciencia que queramos construir, precisamente porque ha de ser profundamente autocrítica, tiene que tomar en cuenta este aspecto. ¿Qué tiene la ancestral cultura oriental que pueda ser de inmensa valía en Occidente? Creo que básicamente el que haya centrado como sujeto de estudio *al ser humano por dentro*, obteniendo de ahí consejos y prácticas ante las cuales nuestra medicina en conexión con el psicoanálisis y la psiquiatría están en párvulos, pues a nivel de neurociencias todo lo queremos reducir a *propiedades emergentes* de conexiones neuronales y neurotransmisores, inos place el reduccionismo! En contrapartida, Oriente puede aprender a fundamentar científicamente toda su visión filosófica del ser humano, su conciencia y demás. Tenemos, pues, que dialogar. En ese orden de ideas hay otro punto de interés; hay versiones orientales, por ejemplo, en algunos aspectos filosóficos del budismo tibetano, si hacemos a un lado su “religiosidad”, en las que se fundamenta el que el mundo es un todo (el planeta) como si fuera un ser vivo único del que todos somos *células* o partes... es una idea que también, aunque débilmente, surgió

científicamente en Occidente, la *Hipótesis Gaia*, que supone que en nuestro planeta, tierra, mar y aire, ahí comprendidas la fauna y flora diversas, están interconectadas autorregulándose y en donde el mecanismo de *interconexión* se daría entre microorganismos en las cercanías de las costas marinas influyendo en la atmósfera en la formación química de nubes... la hipótesis no ha tenido éxito institucional, pero no ha sido desmentida, simplemente "olvidada". Quizá la interacción entre Oriente y Occidente podría aclararnos las ideas a ese respecto... y tendría una importancia crucial saber que la finitud de la Tierra no nos limita, sino que "somos parte de ella como ser vivo íntegro". El problema del intercambio intelectual de Oriente y Occidente, isin prejuicios!, mucho depende de los diversos lenguajes que se hablan y que impiden la libre circulación de imágenes e ideas... pero, si tiene razón mi amigo Noam Chomsky cuando dice que todos los idiomas tienen una misma *gramática estructural profunda*, quizá podamos salvar ese escolio; el problema está abierto.

Y hasta aquí, lector, sólo te pediría meditaras una media hora al día en todo lo dicho...